

a veces verse algunas óperas dignas del viaje. Recordamos en otras temporadas un "Orfeo" de Gluck, "Hin und Zurück" de Hindemith, "Die Kluge" de Orff y "La oca del Cairo" de Mozart, entre otras que marcaron etapas en el Teatro Argentino de esa ciudad.

La última producción ofrecida allí fue "Manón" de Massenet, obra que aunque envejecida ya, mantiene todavía algunos encantos en su tierna música. La versión que vimos incluyó a Mirtha Garbarini en el rol protagónico desempeñándose con desenvoltura y comodidad, especialmente en la escena del "Cours de la Reine". Nino Falzetti como Des Grieux tuvo algu-

nos inconvenientes en el registro agudo, pero aparte de eso salvó correctamente su actuación. El reparto es largo de mencionar y completamente olvidable, a no ser por dos excepciones: Guillermo Gallardo como Guillot de Morfontaine, personaje ampliamente logrado, y Diamela Molina y Vedia como Javotte, que se destacó por su desenvoltura escénica y positivas condiciones vocales.

La escenografía registró un grave error, ya que situó a la muerte de Manón en un desierto en vez del puerto del Havre en Francia. La orquesta discreta, pero no mucho más que eso, estuvo bajo las ordenes de Enrique Sivieri. ◆

música grabada

● OSCAR FIGUEROA

Es curioso comprobar cómo algunas de las más importantes piezas musicales consagradas al culto religioso, —muchas de las más notables del género— no fueron producto de una larga y paciente elaboración, como su carácter y la magnitud física de la empresa parecen indicar, sino producto de las circunstancias; a veces compuestas con apuro para satisfacer un compromiso previo y, aún, completadas mediante páginas escritas con anterioridad, readaptadas.

Tal es el caso de la Misa en si menor, de Bach, el más admirable resultado de la polifonía barroca destinado al oficio de la Iglesia Católica, o el de la Misa de Requiem, de Verdi, la más alta expresión religiosa meridional del romanticismo. Y también es el caso —a esto quería llegar— del mejor producto del rococó en la materia, es decir de la Gran Misa en do menor, de Mozart, que hasta nosotros llegó incompleta y que, con toda seguridad, fue estrenada con la adición de números de otras misas del compositor, pues Mozart, muy atareado en esos tiempos, no alcanzó a terminarla para la fecha del estreno, que era impostergable pues constituía un

voto. Sí, había prometido agradecer con la nueva misa la feliz culminación de su noviazgo con Constanze Weber, que sufrió tantas vicisitudes.

Esta Gran Misa, que tan sustancialmente ligada está a otro trabajo importante suyo de la época, la ópera "El rapto en el serrallo", tiene un tono optimista que censuran quienes no alcanzan a comprender que la expresión religiosa permite una amplia gama de matices. Sin embargo, ese brillo exterior que la caracteriza, su luminoso terminado o las singularidades "belcantísticas" de los fragmentos destinados a la soprano, cuajados de elegantes y difícilísimos adornos, y pensados para mostrar el extraordinario órgano vocal de la amada Constanze, solo constituyen el atuendo de una obra, cuyo interior trasunta la espiritualidad y fervor del más depurado modelo del gregoriano o de la más recogida página de la escuela polifónica renacentista, flamenca, española o italiana. Como expresión de carácter religioso: solo en lo formal difiere de ellas. En cuanto a estatura artística: bueno, muy pocas páginas en la historia de la música pueden comparárseles.

El interés por contribuir, aunque sea en la medida más modesta, a su difusión, es el que me ha hecho esta vez cambiar la estructura del habitual comentario discográfico y omitir una reseña más amplia sobre los últimos registros. Para ello, aprovecho la oportunidad que me depara la reedición, bastante reciente, del disco que la contiene, que lleva el sello Deutsche Grammophon, y que ya había aparecido hace algunos años, pero en deficientes condiciones técnicas. Ahora, afortunadamente tales deficiencias han sido superadas, y las nuevas copias restituyen gran parte de la fidelidad del registro original, son silenciosas y muestran correctos prensados.

Ya considerado exclusivamente en su faz interpretativa, el disco constituye, a mi juicio, el mejor aporte fonográfico del

lamentado director Ferenc Fricsay al repertorio mozartiano. El cuenta, además, con elementos de excelente calidad como el Coro de la Catedral de Santa Eduvigis y la orquesta de Radio Berlín también, con la autoridad de un selecto núcleo de cantantes que incluye a la contralto Hertha Töpfer, al tenor Ernst Haefliger, al bajo Ivan Sardi, y a la admirable soprano de oratorio María Stader, cuyo mérito se apoya, más que en atractivo del timbre, el caudal o la extensión, en la perfección del dominio técnico, en la excelencia de una escuela que le permite seguir con precisión el más leve requisito de matiz, aún en fragmentos tan virtuosísticos como el "Et incarnatus est", que constituye un modelo único en materia de canto a coloratura. ♦